

A La Pegatina de la cucharita

Dos mujeres singulares

Hubo dos mujeres en la España de principios del siglo XX que por su comportamiento en público y su manera de ser rompieron moldes. Y no sólo causaron conmoción en la sociedad de la época, sino que alcanzaron en vida la categoría de auténtico mito. Nos referimos a la bailarina Carmen Tórtola Valencia y a la condesa de Requena, más conocida como Gloria Laguna. Ambas pertenecieron al círculo de amistades del escritor Antonio de Hoyos y Vinent, con quien compartieron correrías nocturnas por los bajos fondos madrileños, en compañía del dibujante y figurinista Pepe Zamora, el pintor Antonio Juez y otros aristócratas ávidos de encanallarse, seguidos por toda una corte de golfos, chulos, chaperos, buscavidas, sarasas, trébedas, hetairas, proxenetas, celestinos y torerillos.

Sobre Tórtola Valencia se han organizado exposiciones, se han creado coreografías y se han escrito ríos de tinta. Gracias a un estupendo estudio biográfico, sabemos que fue una mujer inteligente, culta, cultivada, políglota, extravagante, estéticamente provocativa, refinada, esnob, frívola, seductora impenitente, ególatra, libre, independiente, desafiante, inconformista y cosmopolita; que fue una de las mujeres más relevantes de su tiempo; que recorrió los mejores escenarios europeos

y cautivó al público hispanoamericano con sus danzas, de las que era coreógrafa, figurinista, escenógrafa e intérprete; que optó por vestirse de artificio, cubriendo por completo su intimidad y su yo más íntimo detrás de un espeso velo entretejido a base de mentiras, contradicciones, gestos de *femme fatale* y una extravagante elegancia sustentada en su impecable formación intelectual y en su nada despreciable inteligencia; que copó las primeras planas de periódicos y revistas como *Mundo Gráfico*, *ABC*, *Nuevo Mundo* y *La Esfera*; que contribuyó a renovar los parámetros tradicionales de la danza; que se consagró definitivamente en 1913 tras una actuación en el Ateneo de Madrid; que se convirtió en un personaje popular, idolatrada por unos y odiada por otros; que sentía auténtica aversión por el corsé y jamás utilizó esta prenda, a la que llegó a calificar de «cárcel de los encantos femeninos»; que su virtud predilecta era la sinceridad¹; que, de todas las cualidades, las que más estimaba en el hombre eran la energía y el carácter, y el talento en la mujer; que su color preferido era el violeta; que sus libros de cabecera eran *El evangelio de Buda* y *La historia de las razas*; que admiraba la música de Chopin; que Pancho Villa era el héroe de la vida real que más le interesaba; que su heroína predilecta era Agustina de Aragón; que el invento científico que más admiraba era el «injerto Voronov»² y el invento industrial que más detestaba el Ford T³; que su lema favorito era luchar y vencer; que jamás puso nombre y apellidos a sus amores de no ser para fabular con ellos; que prestó su imagen para la promoción de la línea de perfumería y cosmética «Maja», de la firma Myrurgia; que conoció el mundo intelectual, social y aristocrático madrileño, pero también los bajos fondos y la noche canalla de Madrid; que degustó los placeres y sufrió el infierno de la morfina; que fue loada por laureados poetas y escritores (Rubén Darío, Pío Baroja,

Francisco Villaespesa, Ramón del Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna, etcétera) y retratada por reconocidos pintores (Ignacio Zuloaga, Hermenegildo Anglada Camarasa, Ramón de Zubiaurre, Anselmo Miguel Nieto); que supo retirarse a tiempo y pasó los últimos veinticinco años de su vida refugiada en su casa-torre de Sarrià (Barcelona), dedicada a la pintura y al coleccionismo, entre antigüedades, cuadros, álbumes de sellos, vitolas de puro, y el recuerdo omnipresente de su triunfo escénico⁴.

Consultando las hemerotecas, nos hemos enterado de más cosas. Por ejemplo, que también fue una mujer de armas tomar, y no sólo en sentido figurado, sino literal, pues durante uno de sus desplazamientos a Zaragoza, al verse acometida por un galanteador, que no se conformó con piroppearla de lo lindo, sino que intentó besarla, Tórtola Valencia lo disuadió de su propósito desenfundando un revólver que llevaba consigo⁵. También hemos averiguado que consideraba a la actriz María Guerrero como «la mejor del mundo»; que no le interesaban los toros; que sus escritores preferidos eran Valle-Inclán, Benavente y Antonio de Hoyos y Vinent, aparte de Shakespeare y Dante; que sus pintores predilectos eran Zuloaga, Anselmo Miguel Nieto, Mengs y la escuela flamenca, además de Goya; que el sitio que más le gustaba de Madrid era La Bombilla, y de Sevilla el barrio de Triana; que leía el diario *La Tribuna* y la revista ilustrada *Nuevo Mundo*; que el Teatro Apolo de Madrid le parecía el más bonito; que era «muy dominante y muy impulsiva»; y que su público favorito era «el alemán y el austríaco»⁶.

En cambio, la figura de Gloria Laguna, sobre compartir bastantes rasgos comunes con Tórtola Valencia, con el paso de los años fue quedando sepultada bajo el polvo del olvido. Que sepamos nadie se ha preocupado de reconstruir su perfil biográfico, clave



Tórtola Valencia.

para entender la evolución de la sociedad española de principios del siglo XX en general y la visibilización del lesbianismo en particular. Por eso creemos que, a pesar de no alcanzar la proyección internacional que alcanzó la figura paralela de la danzarina, merece la pena que su estampa sea rescatada de esa injusta postergación.

Infancia y mocedad

María de la Gloria Collado del Alcázar, más conocida como Gloria Laguna, nació en Madrid en el 29 de septiembre de 1878, en el seno de una familia de la alta aristocracia, poseedora de «una gran fortuna»⁷. Fue la tercera hija del matrimonio compuesto por el Grande de España don Fermín María Restituto Collado y Echagüe, segundo marqués de la Laguna, vizconde de Jarafe y senador por derecho propio, y la también Grande de España doña María de la Concepción Ana Higinia del Alcázar y del Nero, novena marquesa de Tenorio y condesa de Montalvo. Antes que ella sus padres habían engendrado a Berenguela, nacida en 1872, y a Mencía María de la Visitación, nacida tres años más tarde. Después de Gloria, que heredaría el título de condesa de Requena, en 1883 todavía nacería una cuarta hermana, a la que bautizarían con el nombre de María de la Concepción Blanca. Así pues, cuando vino al mundo, su padre tenía 34 años y su madre uno más; su hermana mayor la aventajaba en seis años y la segunda en tres años.

Su alumbramiento tuvo lugar en el caserón familiar, ubicado en la calle de Alcalá, en el tramo entre Cibeles y la Puerta de Alcalá, en la acera de los impares. Según José del Corral, «su lujo interno no se asomaba al exterior, sencillo y grandote, de fachada corrida entre